

HISTORIAS DE ABUELAS

MARÍA ÁNGELA LESCANO NO SE RESIGNA: BUSCA A SU NIETO JUNTO A ABUELAS DE PLAZA DE MAYO DESDE FINES DE 1977

MARÍA ES LA MAMÁ DE JUANA MATILDE COLAYAGO. CUANDO SECUESTRARON A SU HIJA, EMBARAZADA DE SEIS MESES, Y A SU COMPAÑERO EGIDIO BATTISTIOL, SE HIZO CARGO DE SUS DOS NIETAS FLAVIA Y LORENA, ABANDONADAS POR LOS REPRESORES EN CASA DE UNA VECINA. DESDE ENTONCES BUSCA AL NIETO QUE NACIÓ EN CAUTIVERIO.



María Ángela en el patio de su casa.

Por Martina Noailles

Su Tucumán natal, su origen humilde o quizás simplemente la vida, hicieron de María una mujer luchadora, alguien que nunca bajó los brazos. Un 31 de agosto de hace ya 27 años le cambió la vida. Aquel día no sólo perdió a su hija. Cuando apenas terminaba de criar a sus hijos más chicos, se transformó de abuela en madre y cuidó a sus dos nietas abandonadas por las fuerzas de seguridad en una casa vecina, tras el secuestro de su hija Juana y su marido Egidio. Dicen que desde aquel día María no volvió a sonreír de la misma forma.

Pero también dicen que la tristeza no le impidió ponerse de pie para buscar incansablemente a su hija y a su nieto, que debería haber nacido a fines de noviembre de 1977 en cautiverio.

María Angélica nació hace 74 años en Juan Bautista Alberdi, un pueblo de la provincia de Tucumán. Su papá era carpintero y trabajaba en el ingreso de la zona, mientras su mamá cuidaba de doce niños —ocho de ellos, hijos propios, y cuatro más de la anterior pareja de su marido—. Cuando cumplió los 18, María se casó con Segundo, otro tucumano de Alberdi,

con quien unos años después se vino a Buenos Aires "a probar suerte". Pero en la ciudad las cosas no fueron fáciles. Juana, la mayor de sus tres hijos, se quedó un tiempo al cuidado de una tía en Tucumán mientras María, su marido, Mercedes y Roque, sus dos hijos menores, se mudaron a una humilde casa en el barrio de Tortuguitas. "Cuando mi esposo me pudo comprar un calentador fue como nacer de vuelta. Hasta ese momento, todas las mañanas prendíamos el fuego para hacerles a los chicos un mate cocido en un tarro de durazno vacío. Ellos andaban con todas las manos

pinchadas de ir a juntar leña para hacer el fuego", aún recuerda María. Cuando María y Segundo establecieron su situación, Juana —de tan sólo diez años— se unió a la familia en Buenos Aires. "Nunca me voy a olvidar del día en que llegó —cuenta María—. Llovía mucho y Juana venía con un vestido muy lindo que le había hecho mi hermana y una muñeca de porcelana en la mano. Para llegar a la casa teníamos que caminar por unos campos. De repente, Juana se resbaló y se cayó al barro. ¡Pobrecita, ella que venía toda presumida con su muñeca...!".

Algunos años después, Segundo compró una casa premoideada y la familia se instaló en un terreno de José León Suárez. María había conseguido trabajar en algunas casas de familia y Juana, con catorce años, también ayudaba cuidando chicos. Con el esfuerzo de todos pudieron agrandar la casa. "Los tres chicos ayudaban a picar escombros para los cimientos. Traían un tachito con ladrillitos y me los iban alcanzando", recuerda siempre el abuelo Segundo.

Luego de trabajar limpiando casas, Juana entró a la fábrica de Shampoo Sedal donde se enamoró de Egidio. Con el Tano, así le decían, estuvo de novia durante un año y medio y después se casó. Juntos, se fueron a vivir a la casa de los padres de Egidio en Boulogne, donde nacieron Flavia y Lorena.

Pocos meses después del nacimiento de Lorena, Juana queda nuevamente embarazada.

El 31 de agosto de 1977, con una panza de seis meses y dos niñas de tres y un año, uno de los represores entra a la casa de Boulogne y secuestra a la pareja, a la hermana de Egidio y a su hija adolescente, quienes una semana después son liberadas. A Flavia y Lorena las dejan en casa de una vecina hasta que al día siguiente María las fue a buscar. La angustia y el dolor dejaron aquel día grabado en su memoria: "La vecina me llamó y me avisó. Me dijo que se habían llevado a todos y me dio las nenas como las habían dejado esa noche. Flavia todavía tenía la bombacha de goma y Lorena el pijamita. Las dos estaban descalzas".

Sin perder un instante, María dejó a las nenas con su hija Mercedes y comenzó la búsqueda. Comisaría, sedes del Ejército, ministerios, consulados, hospitales. No dejó un sitio sin consultar. Cuando el silencio cómplice de los cuarteles la ensordeció de bronca, no bajó los brazos y decidió viajar a las provincias. Una a una, visitó cada cárcel de mujeres sin respuesta.

Con su marido encargado de trabajar "porque alguien tenía que traer el pan a la casa", María cuidaba a Flavia y Lorena y, al mismo tiempo, continuaba en la lucha. No recuerda cuándo, pero la misma búsqueda la fue acercando a otras abuelas que trataban,

"LA VECINA ME LLAMÓ Y ME AVISÓ. ME DIJO QUE SE HABÍAN LLEVADO A TODOS Y ME DIO LAS NENAS COMO LAS HABÍAN DEJADO ESA NOCHE", CUENTA MARÍA SOBRE LA NOCHE DEL SECUESTRO.

como ella, de encontrar a su nietitos. Ahora tiene 74 años, doce nietos y ocho bisnietos, dos de ellos en camino. Cuando hace unos años las hijas de Juana tomaron la posta en la búsqueda, María volvió a ser la abuela de antes y recuperó aquella sonrisa. Entre locos y empanadas, cuida a Lucas, el bebé de Flavia, que según dice le alegró la vida.

"Después de dos nenas, Juana quería un varón", coinciden todos en la familia. Quizás por eso, María imagina que el nieto que nunca dejó de buscar es ahora un hombre de 27 años.